**Domingo XXI del TO   
Ciclo C**

****21 de agosto de 2022  
Is 66, 18-21  
Sal 116  
Heb 12, 5-7.11-13  
Lc 13, 22-30  
*P. Sergio García, msps  
P. Eduardo Suanzes, msps*

Si este pasaje del evangelio de hoy lo leyéramos aisladamente de todo el Evangelio, pensaríamos que tenemos delante a un maestro que no responde directamente al que le pregunta, que favorece el «cada uno que se las apañe» ante la puerta estrecha, en un «¡sálvese quien pueda!»; que estamos ante un propietario sin piedad que niega la entrada, que lleva su mala fe hasta pretender que no conoce a los que va a condenar, que no se deja doblegar y que demuestra ser un juez riguroso; pensaríamos que estamos delante de un hombre que augura llantos y rechinar de dientes, que anuncia con cierto sadismo cómo los condenados contemplarán el gozo de los patriarcas y de los profetas, que supone una puerta milagrosamente abierta para los que se salven a última hora, procedentes de los cuatro ángulos del horizonte, y que concluye, aparentemente satisfecho, con una inversión de los privilegios y de todo lo que nos aguarda[[1]](#footnote-1). Esto es así si, como digo, leemos este episodio separadamente del resto del Evangelio estrechando el foco de nuestra mira solo a este texto aisladamente. Pero no, para entenderlo tenemos que aumentar el foco de nuestra lente y convertirla en un gran angular, para comprenderlo, considerando toda la Buena Noticia de Jesús.

Me imagino una puerta estrecha y a alguien más bien gordito, intentando entrar, de frente, de lado, primero una pierna, tal vez girando el cuerpo hacia la derecha, o hacia la izquierda; a lo mejor si meto primero la cabeza y luego un brazo....¡Nada, no hay forma! ¡Demasiado estrecha! ¡Es imposible!... ¡Me quedo fuera!

Me pregunto qué haría si se me dijera que el tesoro de los tesoros, los miles de millones de dólares se encuentran detrás de esa puerta: una puerta que sólo está ahí para mí. Esa puerta nadie me la quita: es mía y solo mía. No hay peligro que desaparezca. Yo soy un pobre hombre lleno de necesidades de todo tipo y detrás de la puerta está el tesoro. Pero la puerta es estrecha. ¿Qué hago?

Lo que yo haría, lo que tú harías, lo que todos haríamos, está claro: me pondría a hacer deporte, de tal forma que entrenaría más intensamente que los deportistas de las Olimpiadas; entraría a un régimen espartano de alimentación severísimo y me esforzaría lo indecible para que en el menor tiempo posible esa puerta no se me resistiera. ¡Ya lo creo que haríamos eso! El asunto está en el tesoro que hay detrás y mi necesidad: eso es lo que nos movería para cruzar la puerta sea como sea. Si supiéramos que detrás de la puerta no hay nada o poca cosa, yo quedaría intacto con mi necesidad y no me esforzaría lo más mínimo por atravesarla.

Quiero esto decir que lo que nos movería al esfuerzo es lo que hay detrás; lo que hay del otro lado es el detonador, por un lado, y, por otro, mi necesidad. En tanto mi necesidad es mayor tanto más me motivará a pasar la puerta para que esa necesidad sea llenada por lo que hay detrás. Quiero decir que si detrás hay $1,000 y yo tengo millones, pues no hay motivación que valga: no moveré ni un dedo. Pero si yo soy un abismo de vacío y detrás de la puerta hay un Abismo de plenitud la cosa cambia, porque *un abismo llama a otro Abismo*: ¡en ambos sentidos!

Un día le preguntaron a un sacerdote Jesuita ¿por qué ustedes los Jesuitas cuando les hacen una pregunta contestan con otra pregunta? Y el buen Jesuita, haciendo honor a su nombre, contestó: ¿Y por qué no?

Se me antoja que a la pregunta hecha a Jesús ¿Son pocos los que se salvan? Jesús hubiera contestado, por ejemplo: ¿Qué entiendes por salvación? El diálogo hubiera sido muy interesante. Pero Jesús va de camino a Jerusalén, y va directamente a su tema preferido: “conviértanse”, aunque aquí con otra palabra: «*esfuércense*».

En la respuesta de Jesús sobre la puerta estrecha está queriendo decir que hay mucho que aportar desde nuestras capacidades y posibilidades para nuestra propia salvación, entendida como una dimensión nueva de la vida que hay que comenzar a construir aquí. Jesús, con la palabra «*esfuércense*», ***describe la salvación como una dimensión nueva de la vida que hay que construir aquí***. El que pregunta le está preguntando por el “más allá” y Jesús le responde con el “más acá”. Aquí, o te salvas tú o no te salva nadie, parece que le está queriendo decir. La salvación no es una experiencia pasiva que nos viene de fuera, sino una realidad profunda que nos sale de dentro, donde Dios nos habita, y que se expresa desde el verdadero amor como entrega, servicio, disponibilidad, capacidad de olvidarse de uno mismo para comprometerse vivamente con los demás.

Pero ¿por qué se expresa de esa forma? ¡Porque esa es nuestra necesidad! ¡Ese es nuestro abismo! ¿Para qué está hecha la vela de un barco sino para recibir el viento? Una vela no se hace para colgarla del mástil y esté siempre *al pairo*, es decir, sin recibir viento alguno. Nuestra naturaleza está hecha de tal forma que solo con el amor se llena; que solo con el servicio se descubre a sí misma; que solo con el olvidarse de uno mismo nuestra capacidad, que es como la vela de ese barco que es nuestra naturaleza, obtiene su razón de ser.

Lo que aquí se salva, es lo que tú das ¡otra vez la gran paradoja!; lo que pierdes para los demás, el tiempo gastado en el servicio, en la actitud permanente de solidaridad, en la prioridad de la misericordia sobre la ley, eso es precisamente lo que ganas.

Hay, en este evangelio, un argumento que sirve para poco y que se practica mucho: «*hemos comido y bebido contigo y tú has enseñado en nuestras plazas*». Me aventuro a ponerle nombre a esta expresión: es la Santa Misa. En ella comemos y bebemos el cuerpo y la sangre de Jesús, escuchamos su Palabra. Pero, las más de las veces, sin ese fuego que Jesús vino a traer.

*Un abismo llama a otro Abismo.* ¡Cuántas veces en nuestra vida hemos venido a misa, hemos comulgado con el Cuerpo y Sangre del Señor! ¿Por qué ese Abismo de misericordia, que es Jesús, no acaba de llenar nuestro abismo de necesidad de misericordia? ¡Porque estamos orondos, gordos…!: esa es la razón. En la medida en que nos esforzamos con la disciplina del Evangelio, es decir, al estilo de Jesús, en esa medida nuestro abismo se va llenando de Él. Es decir, tenemos que vivir una *espiritualidad desde abajo*, reconociendo nuestro propio abismo, nuestra propia necesidad para desear ser llenados por lo que hay detrás de la puerta. Nadie podrá tener la experiencia de la misericordia si no tiene necesidad de ella.

«—Jesús, ¿es verdad que son pocos los que se salvan?» Los que se esfuerzan por entrar por la puerta que es angosta, esos son los que se salvan. El que sabe escuchar con el corazón lo comprenderá.

1. Cfr. François Bovon. *El Evangelio según San Lucas II*. Ed. Sígueme. Salamanca, 2002 [↑](#footnote-ref-1)